

CALVILLO, JUAN CARLOS (2023), *DICKINSON EN NUESTRA LENGUA: UNA GALERÍA DE RETRATOS*, MÉXICO, CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS-EL COLEGIO DE MÉXICO, 199 p.

El imaginario de una buena cantidad de lectores en el ámbito hispanoparlante cuenta con un retrato difuso, mas inconfundible, de Emily Dickinson (1830-1886). Esta poeta significa un giro en la historia de la poesía en lengua inglesa (por cuanto a revolución formal y de dicción se refiere, por ejemplo), además de las vetas en las que confluye su historia editorial. Juan Carlos Calvillo —conocedor como pocos de la poeta de Amherst— presenta en *Dickinson en nuestra lengua: una galería de retratos* un trabajo del que sin duda muchos hemos de aprender y procurar asimilar en los años que vendrán. Dicho volumen —según se lee— es el primero de los que se publicarán en la colección Estudios de Traducción, bajo el cobijo del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Un nacimiento editorial así ha de generar tanto interés como expectación por cuanto se puede decir a partir de los estudios de traducción desde nuestro país; el caso de este libro de Juan Carlos Calvillo lo hace por partida doble, puesto que ahí se combinan los poderes de la filología (la expresión es de Gumbrecht) con aquellos cercanos al relato biográfico, que no sólo presenta datos y circunstancias, sino que lo practica con amenidad y rigor.

En su libro, Calvillo nos propone un tránsito múltiple tanto por la vida y la obra de Emily Dickinson, como por la de sus traductores al español desde hace casi cien años. El “Preámbulo” ya da muestras de la amenidad pretendida y trabajada en todo el libro; ahí recordamos las dificultades materiales, legales y ecdóticas que han marcado la poesía de “El Mito”, como llamaban localmente a la poeta estadounidense. Existe un engarce entre la proyección de la imagen primera (el *original*) y lo que aquí se presenta como “historia de la traducción y adopción de Emily Dickinson en lengua española” (p. 16); y es que, poeta y traductor él mismo, el autor insiste en la importancia de ambos elementos en el desarrollo de una literatura. De ese modo, los diversos retratos que leemos permiten una comprensión que de a poco gana o recupera terreno: la real consideración de los traductores como sujetos dignos de

estudio, a través de los cuales estudiamos “las circunstancias y motivaciones de su trabajo, los gajes del oficio, los intereses y actitudes frente a aquello que dieron a la tarea de hacer” (p. 19).

Es decir, Juan Carlos Calvillo declara que, ante la vasta bibliografía dickinsoniana, hubo de elegir seis calas en las que la curiosidad y la avidez por conocer los diversos rostros y advocaciones de Dickinson lo han movido como investigador; el resultado es el panorama proyectado en este libro. Con cierta frecuencia se hace explícita la manera en la que diseñó esta *galería*, partiendo de una idea muy particular, aquella de la “exploración de las funciones sociales que desempeña un traductor literario, las previstas tanto como las imprevistas, y de los vacíos que se propone subsanar” (p. 21): dada la intención de Calvillo, era más que pertinente ceñirse a una serie de documentos y materiales que configuran una postura que entiende la literatura desde la subjetividad, ya que formula hipótesis en torno a las necesidades vitales y poéticas a partir de las cuales ciertos poetas-traductores, como Juan Ramón Jiménez —vía Zenobia Camprubí—, Silvina Ocampo o David Huerta (por mencionar sólo unos pocos de los nombres evocados ahí), le sirvieron a Emily Dickinson de puente para que la conociéramos en tanto lectores en nuestra lengua.

En cada capítulo, al mismo tiempo que explica el lugar que tienen algunos poemas traducidos por determinados autores en la obra de Dickinson, Calvillo emplea un estilo de suyo llamativo y ejemplar: considero que es capaz de mantener el interés de los lectores gracias a la forma en la que hila las anécdotas de ambos personajes —la poeta y los traductores—, sin olvidar las referencias que le permitieron erigir esa galería de retratos. Aquí caben muchas formas del entusiasmo por la poesía en lengua inglesa, por la traducción y por la poesía en español (eso que quiere hacer también Calvillo): así como se conocen las variadas versiones de Dickinson en español tanto de los traductores “centrales” (los que motivan los seis capítulos), es impensable una historia de la traducción sin aquellos otros que son “marginales” (por aparecer *sólo* en las notas de este libro). Se entiende así la constante excusa de su autor por no poder hacer una revisión completa de cuanto *ha existido* Dickinson en español (*cfr.* 30), pues no otro fue el tamaño de su empresa; prueba de esto último es que el libro cuenta con un “Inventario” profundo y detallado (hasta donde le fue posible), que es el resultado del rastreo ávido de las traducciones parciales y fragmentarias de

la poeta anglófona, desde 1916 con Juan Ramón Jiménez, hasta 2022 con Renata Prati, español y argentina, respectivamente. La vertiginosa lista incluye a Gilberto Owen, Rosario Castellanos o Pura López Colomé, en el ámbito mexicano, mientras que, para el resto de los territorios y traductores, están Agustí Bartra, Jorge Yglesias o María Negroni.

El entusiasmo se convierte en sorpresa cuando, por citar un caso, Calvillo recalca en las desastradas y significativas palabras que Juan José Domenchina dedicó a Dickinson al ser traducida y publicada por Centauro, en su colección *Poesía Mejor*, hacia 1945, en México. Dado que no fue sólo ella la receptora “del inmisericorde látigo de su desprecio” (p. 52) —también lo fueron Unamuno y Rilke—, es muy curioso pensar, por un lado, en la paradoja presentada en el capítulo: había sido Ernestina de Champourcín la traductora de los versos que su marido despreció en ese olvidable prólogo, y, por el otro, en Calvillo escribiendo este episodio: la fluidez con la que se le ofrece un espacio inusitado para la risa nerviosa y casi malsana, en función de la especie de distancia crítica que él ejerció como lector de Dickinson al ir leyendo (y luego transcribiendo) los comentarios del “ogro español”, apelativo que evoca en el respectivo capítulo.

Los capítulos III, IV y VI —“A cada uno lo suyo”, “Tríptico americano” y “Retrato de un espejo convexo”— le sirven a Calvillo para remarcar la forma en la que las traductoras de Dickinson en América Latina la han comprendido y le han aprendido nociones elementales; además, pone de manifiesto la relevancia de ubicarlas en su contexto cultural, con tal de adivinar las motivaciones individuales de personajes como Silvina Ocampo, Claudia Lars, Ulalume González de León, Mirta Rosenberg, Nuria Amat y María Negroni, cuyos acercamientos fueron dispares desde la lectura que repercutió en cómo la tradujeron hasta la consideración que de ellas se tiene en la actualidad. Calvillo anota que Ocampo probablemente no haya comprendido algunos versos de Dickinson (“cuesta trabajo creer que una escritora con semejante intuición se hubiera permitido ser tan negligente” [p. 71]), además de mencionar las condiciones editoriales que permiten que esa edición sea ligeramente memorable. De Lars parece no gustarle su decisión de elegir lo que entonces le pareció más traducible, eso sin contar que, subrepticamente, hay un *lamento* porque no todos los traductores accedieron a las versiones más fiables de los versos de la poeta de Amherst. Cuando habla de González de León, Calvillo reconoce que hubo un mejoramiento en la propuesta de lectura y traducción, en tanto que comprendió

primero el texto para después ofrecer una imagen del entorno que las creó, uno en el que la presencia de poesía traducida en publicaciones periódicas era esencial para la circulación de ideas sobre el fenómeno poético y el momento cultural del lugar que las originó.

Tal recuento de poetas va de la mano de lo que Juan Carlos Calvillo propone como una escisión en el paradigma tanto desde la práctica traductora como desde los estudios de traducción, en el que la poesía de Dickinson comenzó

[...] a entenderse dentro de todo un contexto de pensamiento filosófico, de agitación política, de fervor religioso, de represión patriarcal; comenzó a leerse en relación con los sucesos intelectuales de su tiempo y, a más de situarse en un ámbito histórico y geográfico determinado, comenzó a estudiarse, y desde luego a traducirse, como parte integral de una tradición literaria vista en retrospectiva: una genealogía de influencias, de simpatías y antipatías, de semejanzas y divergencias. (p. 88)

Es ése el motivo por el que Mirta Rosenberg, para 1988, ofrece una selección *distinta* de los versos de Emily Dickinson, en la que Calvillo halla una lectura más afinada y propicia para los lectores hispanoamericanos, pues ahí se condensan la antedicha perspectiva filosófica y los temores de su tiempo.

Una vez traspasado el siglo xx, puede colegirse el modo en el que la poesía y la traducción se han entendido en nuestro territorio lingüístico; Calvillo, con la misma duda y delectación con la que lo hizo antes, enseña cómo se ve a Emily Dickinson en este espejo convexo: en primer lugar, porque en cualquier revisión de textos y autores traducidos aparecen nuevas “traiciones” o “infidelidades” (histórica y limitadamente tenidas como paradigmas de *éxito* en traducción), también llamadas “reescrituras”, que le resultan extrañas por lo gráfico y por lo inexacto de las elecciones léxicas de Nuria Amat (2004), y, en segundo, porque Dickinson es llevada por un ímpetu de reescritura que Calvillo califica mejor en otros casos, como los de Alejandra Pizarnik, Alberto Blanco y María Negroni. Sin embargo, el punto más revelador de cuanto el autor quiso evidenciar con esta *galería* es cuando, al hablar de la poesía de María Auxiliadora Álvarez, encontró conexiones que no ocurrieron de manera directa (según su comunicación con la poeta venezolana), sino por mediaciones que tienen absoluto sentido en lo que conocemos como estudios de la traducción; es decir, a pregunta expresa, Álvarez negó que en varios

poemas tuviera en mente a la autora estadounidense, mas sí a otro grupo con el que efectivamente podía relacionarla: los modernistas brasileños, pues ellos (Bandeira, los dos De Campos) la tradujeron, además de que compartieron ciertos perfiles estéticos o ideológicos. Azarosa o meditadamente “[a] veces funciona así el proceso de la transmisión literaria” (p. 132), más cuando observamos las fluctuaciones que comporta estudiar la poesía traducida.

Por último, vale decir que, a mi juicio, uno de los capítulos más significativos es el quinto, “Fraternidad”, dedicado a revisar la faceta traductora-creativa de David Huerta, poeta cuyos versos sirven de epígrafe a esta *galería*. El estudio de Dickinson y la lectura de Huerta le permiten a Calvillo articular un homenaje al segundo, por cuanto potencia ese doble oficio con una única muestra: “*How happy is the little Stone*”, acaso por la escasez de “influencias que se reconozcan con diafanidad ni deudas artísticas que queden consignadas en ninguna parte” (p. 102) del corpus huertiano. Las intuiciones e hipótesis de Calvillo hacen que nos conduzca hacia la comprensión del esmero —o del milagro, como lo ha llamado José María Espinasa (2023)— que se condensa en lo que podemos nombrar un ideal de la traducción: que el poema traducido sea y no sea el mismo que el original. La fraternidad a la que apela Calvillo se integra por la admiración y el cariño por David Huerta (cuya muerte impidió un tratamiento distinto a este apartado, tal como lo señala en los “Agradecimientos”), así como por procurar y compartir esta lectura atenta que mueve la feliz Piedrecilla, puesto que redescubrimos las afinidades poéticas de las que Huerta se valió para llevar a cabo este “ejercicio literario” sin otro afán más que el “divertimento” (pp. 102-103), muy del estilo ligero, simétrico y emotivo que también hallaríamos en las fuentes de especial dilección para David: Garcilaso, Cervantes, Góngora, entre otros.

Como puede verse, *Dickinson en nuestra lengua: una galería de retratos*, a más de continuar los estudios dickinsonianos en español y desde México, representa un acercamiento puntual a la historia de la traducción y, particularmente, de los traductores (y lectores) de Dickinson en el ámbito hispanoparlante, desde las varias aristas que los estudios sobre la materia han permitido en las últimas décadas, en cuyo espacio no sólo “importa” considerar el fiel trasvase de una lengua a otra, sino las elecciones debidas a las cuestiones tanto individuales como externas de cada traductor. Considero que es un óptimo comienzo de la serie Estudios de Traducción, tanto como un material de alta ejemplaridad para lectores e investigadores de todo orden.

BIBLIOGRAFÍA

- Espinasa, José María (2023), “Vientos traductores: la lengua y las manos del deseo”, en *La Jornada Semanal* (29 de octubre), disponible en: [<https://semanal.jornada.com.mx/2023/10/29/vientos-traductores-la-lengua-y-las-manos-del-deseo-2306.html>], consultado: 27 de febrero de 2024.
- Gumbrecht, Hans Ulrich (2007), *Los poderes de la filología: dinámicas de una práctica académica del texto*, traducción de Aldo Mazzucchelli, México, Universidad Iberoamericana.

DIEGO ALCÁZAR DÍAZ

ORCID.ORG/0009-0005-9398-3046

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Filosofía y Letras

dalcazaridies@gmail.com